

INTRODUCCIÓN

Siendo la vida del hombre sobre la tierra milicia, menester es vivir armados.

I

DESEO DE HONOR POR LO QUE ES NOBLE

Por su morfología anatómica, parecen estatuas sacadas del taller de Dédalo, musculosas, como Hércules de feria, diría Ortega, esos “novios de la muerte”, flores de gloria española, en guerra y paz, que nimban, con iconos, imágenes y figuras de tinta impresa, sus bronceados brazos y pechos descubiertos, esos son, son esos los legionarios del Tercio, se destacan por sus bíceps análogos a las formas esculpidas por Dédalo.

Sus bustos, atléticos de efebos, portadores de significados, marcados por tatuajes, alusivos, las más de las veces, al amor y a la muerte, evocan intrahistorias de calvario, tejidas con desgarros y tragedias.

Sobre el hombro armas, gallardos e intrépidos, cabezas erguidas y miradas al cielo, al ritmo marcial de los tambores, con energía, arriba y atrás, moviendo los remos, a velocidad vertiginosa de astas de molino, bracean, describiendo semicírculos en el aire, esos barbudos infantes forjados en disciplina de hierro.

En relucientes formaciones de coloración verde, lujurioso, como campos de mieses en primavera, precedidas por la mascota totémica de un carnero y guiadas por emblemáticos pendones, en Rostro Gordo, marchan las huestes del Tercio.

Le siguen a las banderas de legionarios tambores de uniformes agarbanzados. La policromía de las unidades del Tercio y de Regulares produce, por la longitud de sus ondas

electromagnéticas, cualidades psicofísicas que, en el espectro cromático, corresponden a los colores del oasis y del desierto. Pero, más allá del fenómeno óptico, no es justo olvidar la misión humanizadora y de ayuda a los nativos, como manantial y oasis en el desierto, de los legionarios de los Tercios saharianos D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio, allá en nuestra entonces provincia de África Occidental. Aunque el tiempo aparte el pasado de nuestro horizonte, el recuerdo de las gestas puede todavía hacerlo presente en la memoria.

Alineados en perfectas diagonales cartesianas, a paso picado y cuerpos erectos, sus espíritus, más veloces, cortan el viento, cuando desfilan los legionarios de las banderas del Tercio.

Simbolismo éste que abrillanta el marco estético de ese tatuario del honor que ha sido, es y se desea que siga siendo, la Legión. Milicia que con arrojo y con ahínco siempre peleó, conquistando laureles que a la Patria con cariño le ofreció.

Pueden parangonarse las virtudes de los soldados del Tercio con las que Platón en su “República” atribuye a los guardianes de ésta. Dice el ateniense de éstos: “Deben poseer agudeza en la percepción, rapidez en la persecución de lo percibido, y, también, fuerza, si tienen que luchar con la presa. Además de valentía, si queremos que se combata bien, y, también, fogosidad, merced a cuya presencia ningún alma es temerosa o conquistable... es necesario que sean mansos con sus compatriotas y feroces frente a sus enemigos. No aguardarán a que otros los destruyan, sino que ellos mismos serán los primeros en atacar” (República, II, 375 a.C.).

Amor, muerte y juventud ensamblan el relato mítico de Ovidio sobre las moras. Cuenta la leyenda ovidiana que las moras, un día blancas, llegarían a ser rojas, a causa de la sangre derramada a borbotones de jóvenes amantes, junto al moral.

Sangre, amor, muerte y juventud son motivaciones que persisten en la narrativa de himnos heroicos, configurando auténticos poemas épicos. Basta el arrebató emocionante, sentido al entonar el himno de Infantería, para ser arrobado, a través de las gestas que se cantan, por la bizarría de una España inhiesta.

Cuando el silencio sepulcral invade los muros de un cuartel del Tercio y, en su plaza de armas, comienza el canto fúnebre de la elegía del “Novio de la Muerte”, en plegarias y súplicas, que suben hasta el cielo, gemidos profundos brotan de corazones vibrantes: ¡Sangre, amor y muerte! Enardecidos por la emoción, resoplan sus gargantas y los ojos, de recios y curtidos legionarios, humedecen y apenas las lágrimas contienen. La Legión honra la memoria de sus muertos, no los olvida, en el toque vespertino de oración, cada día los tiene presente.

Reducidos a puñados de tierra y astillas de huesos, esparcidos por barrancos, cerros y vaguadas del suelo africano, han quedado los restos mortales de antiguos combatientes legionarios. Su sangre ha regado amapolas, tiñendo de manchas rojas praderas y trigales. El imaginario popular ha magnificado en leyendas folclóricas la sangre vertida. Se dice que en el Barranco del Lobo hay una fuente que mana sangre de los españoles que murieron por la Patria. El canto describe a madres afligidas: ¡Cuánto llorarán al ver a sus hijos que a la guerra van! En el cortejo fúnebre, novias, melancólicas y desaliñadas, corean: “Ni me lavo, ni me peino, ni me pongo la mantilla hasta que vuelva mi novio de la guerra de Melilla”. Y es que Melilla dejó de ser Melilla, para convertirse en un matadero, donde iban los españoles a morir como corderos.

Muchos enamorados de la muerte, envueltos en la bandera nacional, recibieron cristiana sepultura allá por tierra del moro, en Camposantos españoles, hoy abandonados a su suerte, en los que crecen hierbas y abundan las malvas y donde pacen, a su gusto y libre albedrío, ovinos y caprinos sueltos. Allí duerman, en paz eterna, valientes y leales legionarios.

Estruendoso silbido de balas producido por el infernal fuego cruzado de fusilería. Pero, yendo los legionarios, como intrépidos héroes homéricos, al combate cuerpo a cuerpo, el avance encarnizó la lucha y más atroz y fiera se hizo la pelea. Ramilletes de flores, entreabiertas a horizontes eternos, se marchitaron, en la primavera de sus vidas, agostadas por el frío acero de las bayonetas rifeñas, sucumbiendo los más egregios titanes del Tercio. Cuerpos despedazados a machetazo limpio,